

POST SCRIPTUM* VI – (OTRAS) FORMAS DE EJERCER

Belén Desmason

Agencia en la Arquitectura Participativa o Comunitaria

Schneider y Till describen la arquitectura como una disciplina inherentemente política capaz de despertar procesos de transformación social. Sobre eso, Boano y Kelling mencionan cómo el espacio construido y diseñado “no solo proporciona un espacio para vivir, sino que también ofrece nuevas perspectivas y abre nuevos horizontes sobre cómo vivir” (2013, p. 54). Según el artista Olafur Eliasson (2016), el valor del espacio u objeto diseñado es el de despertar un sentimiento que no es del todo desconocido por nosotros, pero del que no éramos conscientes y no le prestábamos atención. Esta experiencia transformadora es lo que el arte constantemente busca y lo mismo sucede con la arquitectura. Esta es su agencia. Los espacios e infraestructura pública diseñados, transformados o apropiados de manera colectiva pueden desencadenar procesos de transformación social al proveer espacios a aquellos que usualmente no participan en la toma de decisiones sobre la continua evolución de la ciudad. El potencial transformador de la arquitectura se da en dos momentos: tanto como proceso como en la creación de un espacio físico final que fomenta el debate público y el reconocimiento que existen otras alternativas de vida colectiva.

En las últimas décadas, la arquitectura participativa (también conocida como social o comunitaria) ha cobrado mucha importancia al ser reconocida y celebrada como una respuesta urgente ante la creciente desigualdad económica, social y espacial y ante la necesidad de transformar nuestras formas de habitar ante la crisis climática. Se trabaja bajo la premisa que los edificios y espacios producidos con la participación ciudadana se convierten en un vehículo superior para el desarrollo personal, familiar y social que aquellos que no incluyen a los futuros usuarios en el proceso (Turner, 1972, p. 152). La crítica en torno a la participación como concepto y como práctica (Hickey & Mohan, 2004), así como también sobre la propia arquitectura comunitaria (Arboleda, 2022; Delgado, 2019) plantea los alcances y limitaciones de su rol como herramientas capaces de propiciar procesos de transformación social.

La escalera de participación de Hart presenta varios niveles en los que los más bajos son procesos simbólicos que buscan validar decisiones que ya han sido tomadas por otros grupos mientras que los más altos promueven la toma de decisiones de manera colectiva desde un inicio. La participación implica la búsqueda de inclusión de grupos que usualmente no participan en la toma de decisiones que impactan directamente su vida. Es esta “inclusión” la que resulta insuficiente en debates que buscan transformar por completo el sistema de producción del espacio social, reconociendo que el propio sistema ha generado formas de habitar insostenibles. Por ello, literatura reciente habla sobre procesos de co-producción (Mitlin & Bartlett, 2018) que tienen como principal objetivo transformar las relaciones de poder entre ciudadanos y el Estado al crear plataformas de diálogo en la co-construcción de

espacios tanto físicos como sociales de debate y negociación. Con ello, se busca generar soluciones que sean más pertinentes a la realidad y también poner en valor el capital social, reconociendo que las propuestas de infraestructura y espacios públicos producidas por el Estado no son siempre las más eficientes y que la propia ciudadanía organizada tiene la capacidad de generar soluciones apropiadas para su realidad. Entonces, no se trata de incluir a grupos sociales en procesos ya iniciados sino de iniciar en conjunto nuevas formas de hacer ciudad sin una ruta previamente determinada. En estos casos el no saber con exactitud hacia dónde llegará y cuál será el producto final es, para el arquitecto experto en su profesión, la tarea más difícil.

En un recientemente publicado libro, Arboleda (2022) hace una crítica a la práctica del diseño social y al discurso que se ha armado en torno a ésta. El autor argumenta que el énfasis en los aspectos formales y en discursos en torno al diseño es la principal debilidad tanto de la práctica como de la teoría sobre el diseño social. Más que el componente de *diseño* Arboleda aboga por valorar lo *social*: procesos centrados en la experiencia (pasada, presente y futura) de los usuarios. En publicaciones sobre arquitectura comunitaria se celebra la innovación formal y el uso de materiales locales mas en pocas ocasiones se tiene en cuenta la apreciación de los propios usuarios sobre la pertenencia y utilidad del objeto o espacio construido para la mejora de su calidad de vida. En muchos casos, el ímpetu de construir edificios icónicos termina produciendo arquitectura que puede incluso convertirse en un problema para los usuarios ahora encargados de su mantenimiento. El ejemplo más emblemático es el de la escuela flotante de Makoko, que obtuvo reconocimiento internacional por su diseño pero que colapsó a los pocos meses de haber sido construida (Leardi, 2018).

La arquitectura social tiende a asociarse con las debilidades de los primeros escalones de la escalera de participación de Hart pues no es co-producida con los usuarios. Se basa en la búsqueda, más bien, de validar decisiones ya tomadas por los diseñadores que, además, se encuentran en un proceso de experimentación en la búsqueda de innovación formal y tecnológica que puede o no funcionar. Resulta inevitable realizar procesos de auto-crítica a la propia práctica arquitectónica ante el planteamiento de Arboleda y otros autores. Un primer paso, como indica el autor, es reconocer nuestros propios privilegios como diseñadores y el priorizar los anhelos, necesidades y capacidades de los usuarios en el proceso. Esto entendiendo que el principal objetivo de la arquitectura co-producida es el de fortalecer la capacidad de agencia de los usuarios y no el de enaltecer el diseño arquitectónico. Esto no significa que sean procesos auto-excluyentes; pero sí implica que la arquitectura - como disciplina - debe buscar responder no solo a sus propios cánones. Ahí está la capacidad de agencia de la arquitectura como práctica: en el poder propiciar el reconocimiento de que existen otras posibilidades de vida y que nosotros como habitantes y ciudadanos tenemos la capacidad de promover esos procesos de transformación.

Referencias.

Arboleda, G. (2022). *Sustainability and Privilege: A Critique of Social Design Practice*. Charlottesville: University of Virginia Press.

- Boano, C., & Kelling, E. (2013). Toward an Architecture of Dissensus: Participatory Urbanism in South-East Asia. *Footprint : Delft School of Design Journal*, 7(2). Retrieved from <https://doaj.org/article/e1ccc7498c0642d59fe108340018bbe5>
- Delgado, S. (2019). La Buena Arquitectura. *Revista A*, 52–69. Retrieved from https://issuu.com/revista-a-pucp/docs/revista_a13-arq-pucp/s/10547220
- Eliasson, O. (2016). Why art has the power to change the world. Retrieved May 28, 2022, from <https://www.weforum.org/agenda/2016/01/why-art-has-the-power-to-change-the-world/>
- Hickey, S., & Mohan, G. (Eds.). (2004). *Participation: From Tyranny to Transformation? Exploring New Approaches to Participation in Development*. London: Zed Books.
- Leardi, L. (2018). A Deep Dive Into the Sad Story of the Makoko Floating School. *ArchDaily*. Retrieved from <https://www.archdaily.com/890330/a-deep-dive-into-the-sad-story-of-the-makoko-floating-school>
- Mitlin, D., & Bartlett, S. (2018). Editorial: Co-production – key ideas. *Environment and Urbanization*, 30(2), 355–366. <https://doi.org/10.1177/0956247818791931>
- Turner, J. (1972). Housing as a Verb. In J. Turner & R. Fichter (Eds.), *Freedom to Build* (pp. 148–175). London: MacMillan.
- .